

Teófilo Cid

CAMINO
DEL
NIELOL

El autor agradece a sus amigos Domingo Fuenzalida Balbontín, Guillermo Atías, Jorge Onfray y Armando Menedín. Sin ellos, sin su caluroso concurso, este libro no habría sido publicado.

T. C.

CAMINO DEL ÑIELOL

Teófilo Cid

Camino
del
Ñielol

COLECCION EL VIENTO EN LA LLAMA.

La primera parte de este poema apareció en una revista hace algunos años. Marca el deseo subconciente de volver a la vida colecticia, compartida, impersonal de los antepasados. Nunca habría adivinado esta condición del poema sino fuera porque el esfuerzo volitivo e intelectual expresado en sus tres partes posteriores me dió la clave del aparentemente oscuro problema. Incluso, hasta el título quedó discernido: «Camino del Nielol», la pequeña calle provinciana que recorrí muchas veces en la infancia, su paisaje pueril, su gente anónima, su preocupación casi superflua para el mundo. En la misma forma, he recorrido ahora, a través de estos versos, el camino para llegar de nuevo a mi mismo y asomarme por breve instante al brocal en cuyo fondo brillan las raíces. Hoy no hago otra cosa que relatar la experiencia inicial. Acaso alguna vez pueda dar cuenta del resto.

T. C.

I

La soledad es un reflejo de las horas dichosas
Por su espiral las zonas blancas
Que aparecen como causa de las negras
Vierten en la hondura su compacto mecanismo
Y los recuerdos calzan zapatos puntiagudos
Sobre el cojín de las sienes apagadas.

La soledad es un estanque con faunas de alcohol
Millares de pálidas tribus de nicotina
Canoas frágiles de sed
Y un cielo que interceptan nubes ebrias.

Vencido por sus aguas hojarasca soy
Arbol de río de azúcar
Lluvia angélica tostada por el sol
Mi soledad es un paraguas que se quiebra
Como un trozo de voz.

En torno a su eje
Brillantes lagartos trepan
Y hay siesta en el trigal

Yo recuerdo una mañana sombría
Exactamente equilibrada para aquellos años
De extenuación y niñez
Los faroles temblaban bajo el remo de la lluvia
Yo miraba, yo miraba
Un bello témpano de amor tendido junto a mí.

Pasé la mano sobre el dorso azul
Y ví que los astros eran tiernas dependencias
De mis oídos
Que los sonidos de la luz eran dulces vertederos
De palabras de amor
Y creí sentirme mixto puente de dos pieles
Para cruzar aquel gran río, aquella ancha ría
Que había entre los dos.
Oh mía entre las mías
Ilumina el resplandor
El negro hálito de adios
Que yace en toda boca
Ilumina mi verdor
Las praderas que en los besos reverberan
Con sus vacas y sus méritos actuales
Oh amiga, oh virtuosa de la fuga
Que hoy te encuentre nuevamente en mis palabras
Creada por instinto de cansancio
O por valor



No me gusta amar las causas
Sino el efecto

La ondulación de teja de su pavor sombrío
No me gusta preguntar qué era
Sino qué sombra expulsa
Desde el cuerpo que el sol maneja
Con mano maestra
Ni me gusta exacerbarme diciendo
Que ella tuvo madre y padre corrompidos
Sino qué hoja es de un árbol necio
Donde agrupan sus rebaños los pastores
Puro paisaje de fresca ancianidad
En cuyo musgo pacen las ovejas
Y los molinos ejecutan
Danzas de sol en brumas de sequía.

Por eso no pregunto nada
Me extasio solamente
Como un cubo ante la ley geométrica
Que rige sus costados
Me ilumino desde adentro como un eco
Que nunca tuvo grito por nidal.

Y amo decir que ella es un buen efecto
Una buena circunstancia
En medio del tifón que me rodea
Un óvulo de bondad en la tormenta.

Ni pregunto ni detallo, ni tengo ojos filosóficos
Me agrada ser un ser sin ríos propios
Sin montañas que almohadillen mis pupilas
Esparcido
Y feliz en torno a ella.

Y puedo hablar junto a sus orejas
Con extrema libertad

Disfrutar de las manchas solares
De su busto que es castillo y edad media.

Cantar junto a sus torres.

Heme aquí, oh la más amada
A comida te comparo y herborizo
Entre sus tímpanos de amor
Yo que brillo a medianoche
Y ando a obscuras en el día.
A ventana te comparo amada mía
Donde me acodo
Para oír tus ríos interiores
Y puedo cantar en los barrios más sórdidos
Con el trino de tu imagen en la voz
A mí que se me niegan las hadas
Que pierdo el tiempo
Y aspiro en un vado de azogue
El perfume de espejo que nace de tí.



Oh, sol dorado

Tú eres lo que el fuego en la mirada de las vírgenes
Una isla de pudor que ha descendido al océano del grito
Una estrella que vencida por la suerte que ella encarna
Cae envuelta en los repliegues de su faz nupcial

Oh, sol dorado que has hecho alzar los brazos
En un cántico de carne arrebatado por la aroma
De las flores que cimentan un extraño paraíso
En el lívido esplendor de la neblina.

Su aliento pasa sobre el rostro en el olvido
Pasa fugaz sobre las formas invisibles de mi tacto
Rodea mi pulso con anillo de semblantes.

Su aliento es luz para la noche del olfato
Donde reviven fauces que he venido rescatando
Una a una de las rocas funerarias
Su aliento es pez en la marea de la córnea
Donde fluyen cataratas de leyenda.

Su cuerpo ahonda las miradas que lo tocan
Siembra tiernos torbellinos en los ojos
Y pega sobre el sol la estampa negra
Que extorsiona el breve tránsito de luz.

Su cuerpo tiene sombra, oh sol dorado
Y esta sombra me une a ella
Sin la sombra de su cuerpo, su cuerpo luz sería
Y la luz es un pudor que jamás me he permitido
Desde el tiempo en que fui hijo de la noche.

Viejas piraguas destrozan la sangre
En viejos círculos de amor
Llameantes como nubes
Como rápidas aguas que pierden amor
A medida que el espectro de la especie
Cae en rápida cascada.

El mundo cae detrás de su esperanza
El tronco de una amante
Vieja como el mundo, como el agua de sus ojos
Sus cabellos tiemblan en la escarcha
Sus cabellos que atraviesan el paisaje
Caen también formando puros órdenes aislados

Donde el viento es sangre suya
El mar cadera suya
La tierra carne suya
El mundo pelvis suya..
Ella es mi tribu, yo la reconozco
Yo soy de su fusión sus ojos perpetúan
Mi mirada más allá del límite asignado a cada hombre
Su idioma
Es la palabra que escapa a mi deseo.



Como una superficie que ha quebrado el llanto
Envuelta en los vapores de su propia vestidura
Ella es llanura hasta abarcar el sino de la especie
Un horizonte móvil es el jaez de sus pupilas
Galopa por el llano hasta perderse en las miradas
Y en el imperio de la vista
Esbeltas luces giran
Eléctricos nativos
En totémico zig zag
Ella es el llano que cuidan las montañas
Donde el hombre edifica ciudades
Pierde el eco.

Ella es
El llano donde corren las aguas
Aguas que más tarde temperándose en memoria
Darán navíos a los sueños de sus hijos.

Ella es la fiebre de distancia
El color de la montaña

Esfumado paraíso
Guarda el eco de caravanas perdidas
Caravanas de miradas en su mar terrestre
Guarda ella
Con palmeras de anhelante soledad
Con aduares y simunes de conquista
Mi deseo, mi deseo de montaña
Espaciéndose ha llegado a ser llanura.

II

Ajado por la sombra

En las aguas del espejo nada mi semblante.
Comienza a tornear su puro espectro,
Ajada también por la usura
Que corre a través de sus arrugas.

Es la hora de un tiempo, ya cualquiera,
De un tiempo sangrante y doloroso,
De un tiempo que puedo alzar, como un escudo,
Para esconder la fiebre de los ojos.

¿Qué he hecho? ¿Dónde estuve?
¿Fué éste que hoy contemplo
el mismo rostro que tú cercaste,
sombra amada, entre tus dedos?

¿Fue éste que ahora yace bajo el fulgor de podredumbre
de un espejo agusanado,
El rostro que mi madre lamió como a una herida
Y que después fué fruto desechado?

Lo veo sumergido en aguas tenebrosas,
Extraviado de sí mismo,
Cual si fuere flor autónoma y curiosa
Mirando hacia el abismo...

Lo veo bajar los párpados,
Hender las cicatrices de su pesadumbre
Y mirar hacia sí mismo.

Rostro lejano, rostro profundo
¿Qué estás mirando?
¿Ves acaso lo que queda entre las ruinas?
¿Quizá el verdor en donde anidan los lagartos?

Misterioso rostro,
Misterioso representante,
Aún puedo reconocerte,
Hoy que velo, así junto a las ruinas,
Como un caballero junto a sus armas.

Eres un rostro antiguo,
Vorazmente alimentado por la sangre sin riberas
De los siglos.

Te vi por vez primera
Cuando aún no había espejos;
Te ví, inclinado sobre mí,
Cierta noche de soledad llena de llantos.

Inclinado sobre mí, bebías
El candente manantial de mis pupilas

¿Fué éste que ahora yace bajo el fulgor de podredumbre
de un espejo agusanado,
El rostro que mi madre lamíó como a una herida
Y que después fué fruto desechado?

Lo veo sumergido en aguas tenebrosas,
Extraviado de sí mismo,
Cual si fuere flor autónoma y curiosa
Mirando hacia el abismo...

Lo veo bajar los párpados,
Hender las cicatrices de su pesadumbre
Y mirar hacia sí mismo.

Rostro lejano, rostro profundo
¿Qué estás mirando?
¿Ves acaso lo que queda entre las ruinas?
¿Quizá el verdor en donde anidan los lagartos?

Misterioso rostro,
Misterioso representante,
Aún puedo reconocerte,
Hoy que velo, así junto a las ruinas,
Como un caballero junto a sus armas.

Eres un rostro antiguo,
Vorazmente alimentado por la sangre sin riberas
De los siglos.

Te vi por vez primera
Cuando aún no había espejos;
Te ví, inclinado sobre mí,
Cierta noche de soledad llena de llantos.

Inclinado sobre mí, bebías
El candente manantial de mis pupilas

Y tus ojos eran
Los mismos ojos que hoy me miran.

¡Es el rostro de mi padre!
¿Es que acaso?
¿Por qué vencer la tentación del salto?
¿Por qué callar este sonido obscuro?

Acaso yo mismo soy mi padre
Con sus lágrimas ingenuas
Y sus tristezas que jamás lo llevaron a parte alguna;
Tal vez sea mi padre él que aquí se entrega
Con su viejo corazón herido;
Y los pensamientos que creo míos
No sean míos, no, sino enteramente suyos
Así como lo es, sin duda, este rostro antiguo
Que surge como un murmullo.



Nací en el campo a todo sol,
Sol conservador como una cáscara de huevo
Cuando la sed de los pastores
Bebía su ardiente yema,
Un sol que era divino, de tanto ser humano
Para los hombres que hablan su lengua.

Vagué por las campiñas que amó la tierra,
Poniéndolas de alfombra en las batallas
De la leyenda.

¡Oh viejo Arauco,
Donde el fulgor de la tribu es llama
Y el cielo crece en la raíz de las palabras!

Donde crecí,
Junto a mi raza,
Como una enredadera.

Aún podría repetir
La gesta aquella que endulzó la tierra,
Dando valor de mástil a los árboles de mi cordillera.
(Pinos insignes, por donde el clima pasa
Su despeinada cabellera,
Y cuyas pinojas son
Fórmulas de ciencia verdadera

Yo sé que este rostro antiguo
Que ahora asoma en la cisterna,
Cuyo brocal de espejo ansioso miro,
Es rostro que vió la fama
Galopando hacia la leyenda.

Yo sé que es rostro que he visto siempre,
Sirviéndole de vado a mis tristezas,
El rostro que por plazo me pertenece;
Y que el rostro verdadero,
Es el rostro plural de mis abuelos.

A través del rostro de mi padre, yo puedo distinguir
El más aun quemado por la tierra
Que fué el rostro del padre de mi padre,
Flor desconocida, casi de piedra.

Puedo ver en procesión interminable
La historia de mi raza intemporal,
Como si la envoltura que me cubre se hiciera permeable
Y mi yo quedara huérfano de suerte personal...

Fluvial encanto del fluir:
Cuando empiezan los primeros pueblos, después del
[río grande,

Comienza la frontera,
País de rubio alcor;
Allí la flor no aroma, reverbera;
Y cada flor tiene su sol.

Bajo el clima y su salud de erguida copa
Los campos sólo esperan
Que la dulce claridad siembre cimeras.

En la yerba donde fueron las batallas
Yacen blancas calaveras
Que la luz transforma en mieses verdaderas.

La cólera terrestre, más que el tiempo, ha levantado
Esta fruición de alerce y bojido,
Umbelar de Nahuelbuta;
Allí la paz es un estanque donde caen verdes hojas
Horadando verdes rutas.

Un silencio de campana es el lenguaje tornasol
Que nos cubre con su cúpula,
Produciéndonos terror.

El hombre no puede ya vivir junto al encanto
Sin herirlo con la obscura enfermedad
Que le roe el cerebro.

Para ver lo que dibuja en duros gestos
Es preciso que vadee la inmediata claridad
E irrumpa en el claror de los astros;
Allí se encuentra a sí mismo,
Como en el fondo de un espejo
Cuyo azogue es ventanal
Donde acoda su pensamiento.

Dentro del espejo que la marea real invade,
Como a un sexó o una playa,
Veo un Adán repetidamente transfigurado,
Con su rostro que me observa
Desde la sima de su pecado.

El misterio de la persona
Comienza en el momento
Que la raíz del pensamiento
Se refleja como en agua
Y presente que ella es sólo un junco más
Entre tantos como crecen en la nada.

Lago de extensa latitud maravillada,
Donde cifran su silueta las verdes araucarias
Florecidas de choroyes y torcazas
Es mi raza.

Cuando salgo de mi mismo
Y dejo volar mi pensamiento en esas aguas
Reconozco mi fortaleza
Y vuelvo a blandir la espada
Contra la enemiga del hombre, la tristeza.

Mirando las flores que Ovalle amaba
Podría asistir a la epopeya
Porque la sangre antigua se hizo savia.

Por allí cruzó Lautaro.
(El corazón de los mañíos
Se estremece como una lámpara)
Por allí fué Galvarino
Al encuentro del paisaje
Que anidó en su alma.
(El canelo guarda aroma
De su última jornada).

El cielo está macizo de tener tales historias
En su atmósfera guardada;
El viento está macizo de llevar tales consejas
A la boca de las ancianas;
La tierra está maciza de tener tales entrañas.



¡Oh viento del sur, viento de agujas!
¿Por qué no hablas, por qué callas?
Tú podrías alumbrar
La obscuridad de las vidas ciudadanas,
Vidas que nunca han visto su sombra reflejada
En las aguas de su raza.

Tú podrías prender en cada casa
Como en un ojal la flor de las leyendas de tus montañas
Oh viento sur, lleno de palabras
Que jamás antena alguna desvió de su comarca.
Hoy me soplas las entrañas,
Sacudiéndolas como a una fragua.

Viento sur, copia del viento de mi infancia,
Siento crecer en mí la floración de tus palabras.

Chile es un país tan largo
Que ha olvidado su corazón, como a durmiente
[originaria.
En bosques de pellines y araucarias.

Allí latió por vez primera
Mucho antes que la estrella luciera en su bandera,
Cuando aún lo elemental era la llama
Y en lo húmedo habitaba
El tótem de los Aucas.

Al cruzar humano río,
Del temblor de la comarca, veréis el corazón,
Con la antigua tempestad apaciguada,
Donde el héroe español
Bebió polen de leyenda eternizada
En la boca de la india, hecha flor.

Sólo entonces sabréis por qué el silencio nos agrada,
Por qué nos vence el estupor
Cada vez que el viento sur derrama,
Sobre la ciudad, su corazón.

Un paisaje fluvial entra a torrentes
En la ira comercial
Y por breve instante en cada mente
Surge un aura pre-natal.

Aunque en derrumbe paséis a mejor vida
Sin haber compuesto nada
Y seáis como una alhaja
Cubierta por el lodo, enmohecida,
Un brillo de la raza
Cundirá en vuestras arterias
Cada vez que el viento sur arranque de ellas
Un destello de copihue o de araucaria.

Perdido a veces en la selva
De la joven ciudad, enemiga,
Podemos perder la voluntad
Y dejarnos vencer por la melancolía;
Pero cuando el viento sur golpea
Como un peregrino en nuestras venas
Un alud de cóndores nos brota
Y un círculo de magia nos anega.



Es inútil que soñéis en las aceras
De la ciudad, si un algo del murmullo
De la selva, no contrae vuestra sangre;
Si en rigor, pensar exacto
Es pensar con idioma de paisaje.

CanCIÓN

(Si el paisaje no ha temblado todavía
En vuestra poesía
Callad, poetas, vuestras voces:
Dejad que se apague el día,
Dejad que hable la noche).

Antes de la llegada del tiempo
Mi rostro aún no aparecía.
Antes del silencio
Las catástrofes andinas y el océano contiguo
Elaboran el final del mundo antiguo
Frente al sol gemelo de este sol,
Negro sol de antes del destino.

América existía como existe la anhelada posteridad
En el alma que suspira
O en la vista encendida de ansiedad.

III

Dentro de la melodía de una muchedumbre
No es problema mirar nuestro rostro.
Nuestro rostro continúa su escala musical
A través de la savia de palabras populares
Que lo van empujando hacia la cumbre.

La cumbre es mi soledad.

En ella veo reflejado los rostros
Que nunca pudieron causar destello en otra parte
Que no sea en mi corazón,
Breve espejo dolorido.

La cumbre es la soledad
De esta alcoba, donde el amor fué sólo amor prestado
Y la pobre caricia fué un lanzazo de costumbre
En la cadera de amor ensangrentado.

La cumbre es la soledad, donde los años
Como pájaros nocturnos
Azotan el perfil.

La cumbre es la soledad,
Mas soledad presente llena de valles
Y formas de villorrios estremecidos;
La cumbre actual, donde mi rostro
Es grave flor, inclinada hacia el abismo.

Más allá de su perfil, comienza la muchedumbre,
Los rostros descompuestos por la ira colectiva,
Por el ansia colectiva, por la risa colectiva.
Mundo de resplandor en cuyas fauces
Sentimos que se muelen nuestros sueños
Cada vez que estamos solos,
Sin el prójimo preciso que nos habla y nos llama por
[el nombre
(Este nombre que es un tatuaje sobre la vida).

Más allá de la ilusión
De nuestro yo, tambaleante y desconocido,
Comienza la seguridad de las cosas,
El amanecer eterno de las cosas
Y también la rosa eterna que ha ocupado nuestro canto
Y ocupándolo de lleno lo ha colmado con sus pétalos.

Comienza por igual el cuerpo amado
De la mujer y sus costumbres,
Antiguas como el mundo.



Oración Oh Señor de la frontera
 Tú que guías el paso de las aguas

Por dédalos de siembras y de bosques
Sin que nunca desorientes a los hombres,
Vuelca el polen de tus flores
En la voz de los poetas de mi tierra,
Dales ánforas de miel a sus palabras
Y conviértelos en piedra
Si no cantan lo que ven.

Sus ojos pueden ver sobre el duro pavimento de las
[ciudades
Donde crece la flor carnívora del imperialismo,
Reflejada en remanso de ira la sombra del Dante;
El nunca renunció a vaciar la miel de su corazón,
Aunque el ánfora externa fuera ánfora trizada.

Pueden ver la palabra
De estos albos pordioseros aquí presentes,
Altos como la luz, numerosos como la yerba,
Mendigos de salud bajo el oro inclemente.

Pueden ver a nuestras hijas
Amasadas por el peso de los sueños solitarios,
Transformadas en hienas transparentes,
Ellas, que fueron lo mejor de cada calendario.

Oración

Oh Señor de la frontera
Sumergido en agua santa...
Etc. Etc. Etc.



Donde se abren las colinas
Y el efluvio de la encina
Forma un rostro inmemorial.

Sumergido en mi egoísta resplandor
Falto de nombre ya, como caído,
Alguien a mis ojos golpea como en una puerta
Y el sopor de sus goznes invisibles
Deja vagar la herrumbre de los sueños ya olvidados;
Alguien atraviesa el umbral de sus pupilas
Y alguien me está mirando desde adentro.

Su armadura resplandece cual aguja del pajar.
Su rostro curtido por el mar
Nace en el brocal de la gorguera
Como el astro de la fábula, en el pozo, sumergido.

Alonso Cid (Don Alonso, don Alonso, padre fuiste
Maldonado. De los hombres que llevamos tu apellido)

El misterio pasa del nombre al apellido
Nombre plural que va de padre a hijo
Como trozo de la célula inmortal.

El misterio cruza la fugacidad de las ideas;
Rompe las bridas del instinto;
Quiebra los tímpanos del vaso en que bebemos;
Triza el placer y, en su espuma, se ahonda.

El misterio es la escarcha del placer evaporado.
Cualquier mujer lo encierra,
Porque puede abrir las puertas
En cuyo umbral espera
La eternidad.

Por eso, sombra amada, tú no has muerto,
Aunque tus huesos sean flores en el viejo camposanto;
Puedo siempre revivirte en la crueldad de mis deseos.

(La ciudad ha perdido los ecos,
Sombria como un dios de negra estirpe,
La ciudad nos acicala para bebernos).

El misterio del nombre, dueño del tiempo
Es vuelo nupcial del pensamiento
Al encuentro de su almendro.

El misterio del nombre es lo puro que conservo
Después de perderlo todo;
Aprisiona mi fugacidad
Entre mallas donde el tiempo
Es rocío de un cielo intemporal.

El misterio del nombre que llevó mi padre,
Mi abuelo y el padre de mi abuelo
Fué fontana de los sueños que me animan a mirarte
Raro rostro que ya apenas reconozco.

Puedo verlo a la cabeza de mis pensamientos
En todos los lugares que frecuento
Raro rostro que obedece a mi nombre

Y cuya edad dorada tiembla en el agua, como un junco,
Rostro, pilastra vencida por el mundo.
En su torrente es breve parte
Como el árbol que el otoño amarillea en el estanque.



Quando sacudes tus viejas imágenes
Tiembla la siesta y el zumbir dorado de la abeja.

El aire crudo tiembla sobre el tórax de las vírgenes
Y comienza la siega.

Filo de trino rasga la seda que te envuelve todo
Y los párpados rasgados abren ancha la mirada
A la noche evaporada que fomenta cada ser.

Desde nuestro corazón suben ágiles columnas
Que constituyen ante el sol una mágica ciudad,
Una mágica ciudad bajo el toldo de los bosques.

La miro crecer bajo mis pies
Y pienso que sus casas son los huevos que empollaron
los ojos de Colón;
De estos huevos han brotado los orígenes de sol
Que yacen dentro de mi corazón.



CanCIÓN

(Recostado en las márgenes dulces del río
| Cautín

Te ví crecer, ciudad, con tus ecos entrañables
Y pensé que allí mi madre
Fué una flor de tu jardín).

Podrías arder con los árboles del bosque;
Recibir la visita de la ira nocturna;
Convertirte en el cimiento de la muerte;
Pero un algo en tí, ciudad, perduraría,
La semilla de piedad que queda siempre en la crueldad
El átomo de luz que vacila en sus alvéolos
Y que estalla en la verdad.

Lo único que muere es nuestra forma,
Lo que dimos a las cosas y que éstas no pidieron,
Porque las cosas viven más allá del desarreglo de
[nuestros sentidos.
Nosotros... lo que hacemos son caminos, son caminos,
Nada más que caminos, caminos condenados de
[antemano a ser borrados
Por el viento y el destino...

Las cosas en cambio son un brindis ante el sol.

Permanecen, mano alzada sobre el tiempo,
Cuando morimos,
Y nunca sabremos si la conciencia que articule su
[imparcial hegemonía,
Un recuerdo de nosotros mantendrá,
Como al sol, los racimos.

La ciudad bajo la vista abre hondo encantamiento a las
[pisadas

Y el lenguaje es aderezo de la niebla
Que ha brotado de mi vista ensimismada.

Su futuro es retornar. Cuando me veo,
De ciego, transparente,
Bajo el agua del espejo,
Siento enormes las anémonas actuales.

Cada una por sí sola fué un jardín
Donde un pájaro libó,
Cada una fué un jardín...

Jardín la yerba de mis ruinas,
Jardín la soledad de mis pupilas, BIBLIOTECA NACIONAL
Jardín también la piel de estambre SECCIÓN CHILENA
Y jardín este silencio que me asila.

Todo fué jardín cuando en esta ciudad vivía
Y mis sueños eran cosas todavía,
Cosas vírgenes del tacto personal que nos apresa
Nos aduna y nos aqueja, llenándonos de melancolía.



Comenzamos por ser cosas, terminamos siendo cosas
Pero el tránsito es tirante como un arco que tratara
De golpear el firmamento;
En el tránsito olvidamos lo que somos
Y creemos ser eternos;
Más que cosas, la raíz del mundo entero.

El mundo vive fuera de nosotros
Y es alegre en sus catástrofes corrientes
Con un júbilo de cúpula o de aroma.



Canción (El mundo está existiendo
Sin saber que estoy muriendo).



Está fuera de nosotros,
De esta cosa que piensa al aire libre
Con un claror de lobo transfigurado
O tal vez como una joya de preciosa putridez.

Canclón

(Cosa, cosa gozosa de ser la cosa
La única cosa que sabe que es cosa
¿Dónde estarás?)



Yo recuerdo una vez en los ríos del sur,
Las dulces paletas golpeaban el agua,
Sentía junto a mi rostro,
La arboladura de tus palabras.

Felices aves que allí emigraban
Eran el verso de aquella estampa.

¡Oh sombra amada
Cruelmente desenterrada!

Recuerdo tu rubia cabeza
El fulgor de tus modales
Cuando pensé que eras de carne;
Que si hermosa eres
Era porque tu sangre
Recogía el tributo de los más hondos valles
Y que el fuego que había
En los frescos paisajes
De tu cuerpo insinuante
Era fuego prendido en el tótem de ulmo
De mis montes tribales.

Yo recuerdo haber visto en tí a Chile
Y en tu vientre dorado florecer sus rosales.

Huésped extraño a la luz del crepúsculo,
Ondula en débil talle
El peso de la óptica extranjera
Y un sabor a idioma me aprisiona el rostro,
El rostro de la raza entera.

Sigo siendo lo que era.
No importa que abrevien mi lengua
Y que marzo ya no sea primavera.

Tendré el cabello blanco,
Pero siempre ha sido blanca la vejez de una raza
Y mi raza es tan vieja como la tierra.

Centinela, quedaré guardando
Los huesos antiguos, en espera
Que mi propio cuerpo caiga a la huesera.

Miraré otra vez entonces los rostros familiares
Alineados como topos de cristal o de topacio
Junto a mi esqueleto blanco
Y la noche estará presente y perdurable
En el último arrebató
De esto que es mi cuerpo aún, mi sangre...

Podrá debilitarse el cielo
El perfume que ondea en sus banderas
Y en la fucsia capital que allí domina
Condensarse el sol de la primavera
Como el oro de una mina.

Estaré bajo el césped de la pradera.
Mis ojos serán lluto del verde perennal
Que siguiendo la ruta de las venas
Colma de sombrío cristal
La alegría de la tierra.

Podrá cantar el aire entre la yerba
Como en una cabellera...
Estarán mis ojos abiertos en el fuego
Al crepitar de las consejas
Que reciben los niños
De labios de sus abuelas.

Será mi forma de pensar más allá de mis penas,
De mis memorias placenteras,
Una forma de pensar a través de las sienes
De vosotras ¡oh lágrimas verdaderas!

Mi cuerpo estará en la tierra;
Pero algo escapará a vosotros, como un sopor de siega,
Y en la aroma de lo anónimo y difuso
Chispeará mi presencia,

Tornaré a las flores siempre
Que la palabra flor cante en los labios,
Pues tengo que la muerte
No es más que sutil engaño.

Si hemos sido cosas y cosas quedaremos
No vale ya la muerte,
Pues vive en la función de cada cosa
Una rosa intemporal,
La cual rinde su marchitez
Sólo en relación al hombre.

Si viérais vosotros, hombres que viviréis mañana,
Con qué extraña atadura me amarro a la vida,
Yo, que tengo los días ya contados
Por la gran contabilidad establecida;
Con qué voluptuoso imperio
Deshago las citas
Con que muerte me asedia.

La voluptuosidad emana de la conciencia misma
No es sexual como lo quieren los dañinos.
Es ardiente fumarola

De un hervor abstracto y desconocido,
El mismo hervor que aflige a los paisajes
Allá donde la hoja tiembla bajo el rocío,
Pura sensación, fulgor desvanecido...

La voluptuosidad es canto del estío,
Con sus grandes girasoles
Y el ulular de los óleos de los grandes amarillos...

La voluptuosidad es ésta que viene hacia mi
Con su taza de temblor;
Envuelta en pliegues de rubor;
Esto que cruza el tiempo y viene hacia mi,
Mojada de placer como una loba;
Enhiesta, en su rubor desvanecido.

La voluptuosidad es carecer de nódulo central
Como las calles donde arrastran su paciencia las
[miradas
En un pánico de ardor sentimental.

Es beber, en la naranja, la risueña palidez
De un amor que fué perdido,
Y temblar como la espada en el costado
De un guerrero ya vencido.

Es llorar, porque sentimos
Que la sed nos adelgaza

A mitad del gran desierto
Y sentir que en ese lloro transparente
Nos diluimos,
Abrazados al silencio, como a un cuerpo.

Es placer de arrebujaarnos en la carne;
De querer nuestras miserias,
A pesar de que hay estrellas
En la muerte.

Mirar nuestro semblante
Con aguda sensación de acariciarnos,
Porque en cada rostro humano está su padre,
Viviendo como un pétalo caído a flor de aguas.
El placer que el padre amó
Nos ahonda las miradas.

Voluptuosidad es nudo corredizo
Para unir lo imponderable
La tibieza en el dominio de lo práctico
A la antigua frialdad que creció en balde.

Es salir del egoísmo
Donde pastan los rumiantes del estío
Y vencer el aire puro
Con batir de polen esparcido.

Mi rostro estaba ya,
Madre, en tus suspiros.

IV

El espejo me alumbra cuando lo miro.
Traga, entonces, la luz del cuarto oscuro
Donde nada mi presencia como un pez irremediable
Y en las brazadas de calor que mi ser expande
Crujen las crenchas del cochayuyo.

Es un ámbito de agua celestial sobre el pecado,
Sobre el convulso cristal donde voy nadante,

Surgido de mi propio misterio como un pescado.
El espejo traga mi inocencia, mi natal paisaje.
Y sobre el corazón me siembra un astro.
Para guiarme a través de la memoria
Y sus aguas que la mecen, como a un vaso.

El espejo arrulla a mi semblante
Con su caricia deslumbrante
Y lo rejuvenece.

¿Qué es un espejo? Vana ciencia la que trata,
Definiendo lo que surge del misterio,
De buscar raíz de lógica educada
Al destello de los cuerpos.

El espejo será siempre una morada irracional,
Habitada por un ser que es un reflejo,
Una simple emanación virtual.



Canción

(Inclinado en un vado de azogue
Respiro el perfume de espejo que nace
(de tí).



El azogue es la materia mágica que tiembla.
Pesado, como un cortinaje,
Más allá de los párpados abiertos
Espera que una mano precursora lo levante
Y dé una luz de lámpara al paisaje.

Lo constituye un aspecto abstracto
Con su claror de tímpano amarrado
Y las duras crispaciones de sus columnas.

El espejo es la abundancia.

Más que la bestia es el hombre
Porque tiene espejos en los terminales
De sus nervios, donde
Se humanizan los paisajes.

El acto de reflejar es el acto por excelencia
En cuya arborescencia
Trepá el ser desde la causa a la consecuencia.

Mediante la soledad
Que crispa las columnas del espejo
Brillan las presencias como tímpanos
Y brota el candor del pensamiento,
Desbordándose en rosas
Desde el fondo del cerebro.

Reflejar es la única intención transparente
En el árido desierto.

Reflejar los rostros que se asoman al brocal
Como el astro de la fábula
Que era luna y que era queso frumental.

Reflejar las raíces y los troncos enhiestos
En un puro fulgor elemental
De transeúnte espejo;
Reflejar el paisaje que llevamos
En lo más hondo de los nervios.

Recuerdo un espejo de aguas azules
Donde las colinas se abren
En suspiro entrecortado
De emoción y de celaje;
Recuerdo la visión de ese paisaje,

El Budi otoñal en donde
Augusto Winter convirtiéndose en ave.
El Budi con sus cisnes inalterables
Pese a que el capullo de su plumaje
Fué disuelto por los vientos otoñales.

CanCIÓN

(¿Cómo olvidar que en el curso del Toltén
Inclinamos los dos juntos, sombra amada,
La cabeza para ver
Nuestra alegría reflejada?)

¡Qué dulce monstruo reflejamos!

Siguiendo la ruta de las montañas
Crúzase el Villarrica,
El Calafquén, el Riñihue y el Rupanco,
Hasta el vórtice del Ranco.
En esos espejos se miró mi adolescencia,
Entre galas de humedad y aroma a boldo,
En remotas mañanas de tumescencia.

Al sur, en un anillo de follaje,
El Llanquihue y el Esmeralda,
Joya encontrada por Pérez Rosales,
En cuyos reflejos
Peinan su crencha las hijas de los alemanes.

Y el golfo de Reloncavi
En cuyo hontanar las ostras guardan perlas
Para el jugoso paladar
De las doncellas
Que bailan en su niebla...

.....
.....
.....
.....
Etc., etc., etc.

En el espejo nada mi semblante
Y en el misterio de la tarde honda
Se escucha un murmullo refrescante
De sangre sorda.

Pasó tu hora, dice la tarde.
Ya nunca verás el día
Paciente como una araña
Tejiendo el móvil telar de joyas
En cuya hamaca resplandeciente
Como un rocío quedó tu mente.

He aquí tu soledad, dispuesta como un avío,
Para cubrir la desgarradura de tu destino.

No tienes nada que regalar sino tu nombre,
Tu nombre envuelto y entumecido
Como un cometa que perdió su noche.

Un nombre alegre, porque fué mío;
Y que ahora es triste, porque ha perdido
La noción exacta de su extravío

Nombre-espejo de girante cúpula,
En cuyos bordes murió de frío
Un viejo ensueño de dorada espuma.

Miro en torno al dolor perfecto:
La alcoba bebe una obscura aroma
En el espejo de embriagante copa.

¿Y yo? ¿Qué es de mi yo perdido?
La soledad piensa por mi,
Ella deja caer palabras
Que no sé si fueron mías,
Pero que amé desde la infancia.

Ella embiste al mundo
Desde el secreto, que me está matando,
Y me hace mudo.

Ella me pone un lienzo
Sobre los ojos y me hace ciego.

La soledad, cuando los hombres,
La soledad, cuando los mundos.
En ella, obstante, veo
Crisparse el yo engreído
Cual bóvido, de espejo
Derretido.

Por ella entré al país, oh sombra amada,
Al país que tú adorabas,
Porque en la soledad
Conviértese en peldaño la mirada
Por donde baja al fondo mi voluntad.

Y en el amanecer del yo engreído
Comiézase a pintar otro paisaje,
En donde ya no existen los sentidos
Y en cuyo albor natal de amanecida
Agítanse cual aves las palabras
Más tempranas de la vida.

Cerro Y si bien creo subir, en la medida
Ñielol en Que suben estos versos hacia el sol,
Temuco. He bajado a una cumbre desmedida:
 A tu cumbre profunda ¡Oh Ñielol!

CAMINO DEL ÑIELOL, libro de Teófilo Cid, terminóse de estampar el día diez de Septiembre de mil novecientos cincuenta y cuatro. La Edición estuvo al cuidado de Armando Menedín y fué impreso en los Talleres Gráficos Roa, por encargo de "Ediciones Renovación".

ENCUADERNACION: Carmen Berdejo.

PORTADA: Luis Diharce.